

Cómo permanecer vivo  
en el Bosque de las Sombras

1. No pierdas tu sombra. Manténla contigo en todo momento, y asegúrate de que está firmemente unida a tus pies.
2. No aceptes comidas de desconocidos, especialmente si el desconocido es un duende de la verdad.
3. Intenta no caer en una trampa para calooshes. Si te ocurre, estarás en manos de las criaturas más crueles del bosque.
4. Hazte amigo de un trol.
5. Nunca te quedes dormido en el regazo de un Slemp.
6. Si ves a la bruja de las sombras, echa a correr. A no ser que quieras que te convierta en conejo.
7. Lleva un brazalete de bruja. Te protegerá de todo mal.
8. Ten cuidado al anochecer. Es entonces cuando aparecen los huldres.
9. Lee el libro del profesor Tanglewood *Las criaturas del Bosque de las Sombras*.
10. Nunca, nunca, nunca te acerques al Transformador. A no ser que quieras que tu cabeza acabe escaechada en un tarro.



[narvaeditores.com](http://narvaeditores.com)



Matt Haig

# Shadow forest

el Bosque de las Sombras



narval



La vida de Samuel y Martha Blink da un vuelco cuando pierden a sus padres y son enviados a Noruega a vivir con la tía Eda, hermana gemela de su madre, que vive en la última casa del pueblo más pequeño y alejado de Noruega, al borde de un bosque. La norma más importante de la tía Eda es que nunca, bajo ningún concepto, se acerquen al bosque. Sin embargo, cuando Martha desaparece entre los árboles, Samuel no tiene más remedio que seguirla.

*Shadow Forest. El Bosque de las Sombras* es el fantástico relato de lo que los hermanos Blink encuentran en el tenebroso interior de ese lugar prohibido, y de las dificultades que tienen que superar para salir de allí: trolls, huldres o duendes malvados no son los enemigos más feroces, pues en la profundidad del bosque se esconde un personaje oscuro y misterioso que lo domina todo. ¿Lograrán vencerlo?

**Matt Haig** (Sheffield, 1975) es periodista y escritor de libros para niños y para adultos. Como periodista ha colaborado con *The Guardian*, *The Sunday Times*, *The Independent* o *The Face*. En España ha publicado una novela de vampiros para adultos titulada *Los Radleys*, que ha merecido muy buenas reseñas y parece que va a ser adaptada al cine. *Shadow Forest. El Bosque de las Sombras* es su primera novela para niños. Con ella obtuvo el Premio Nestlé de Literatura Infantil, entre otros, y fue Libro del Año del programa literario Blue Peter de la BBC. Además, el libro se ha traducido al alemán, al francés y al italiano, entre otros.

**Raúl Allén** (Valladolid, 1979) está licenciado en Bellas Artes. Su trabajo ha sido reconocido por la Sociedad de Ilustradores de Nueva York; ha expuesto también en Boston, Madrid, Barcelona y Guadalajara (México). El mundo de la ilustración le proporciona el vehículo perfecto para viajar continuamente por el tiempo y el espacio, aprendiendo a la vez que vive las aventuras de los héroes clásicos de la literatura universal. Actualmente, trabaja en diversos proyectos para editoriales españolas y extranjeras, varios carteles de teatro y la escenografía de una obra.

# Shadow forest

el Bosque de las Sombras

Matt Haig



Ilustraciones  
Raúl Allén

Traducción  
Queta Fernández

arval

Edición no venal  
Título original: *Shadow Forest*  
Copyright © 2007 by Matt Haig

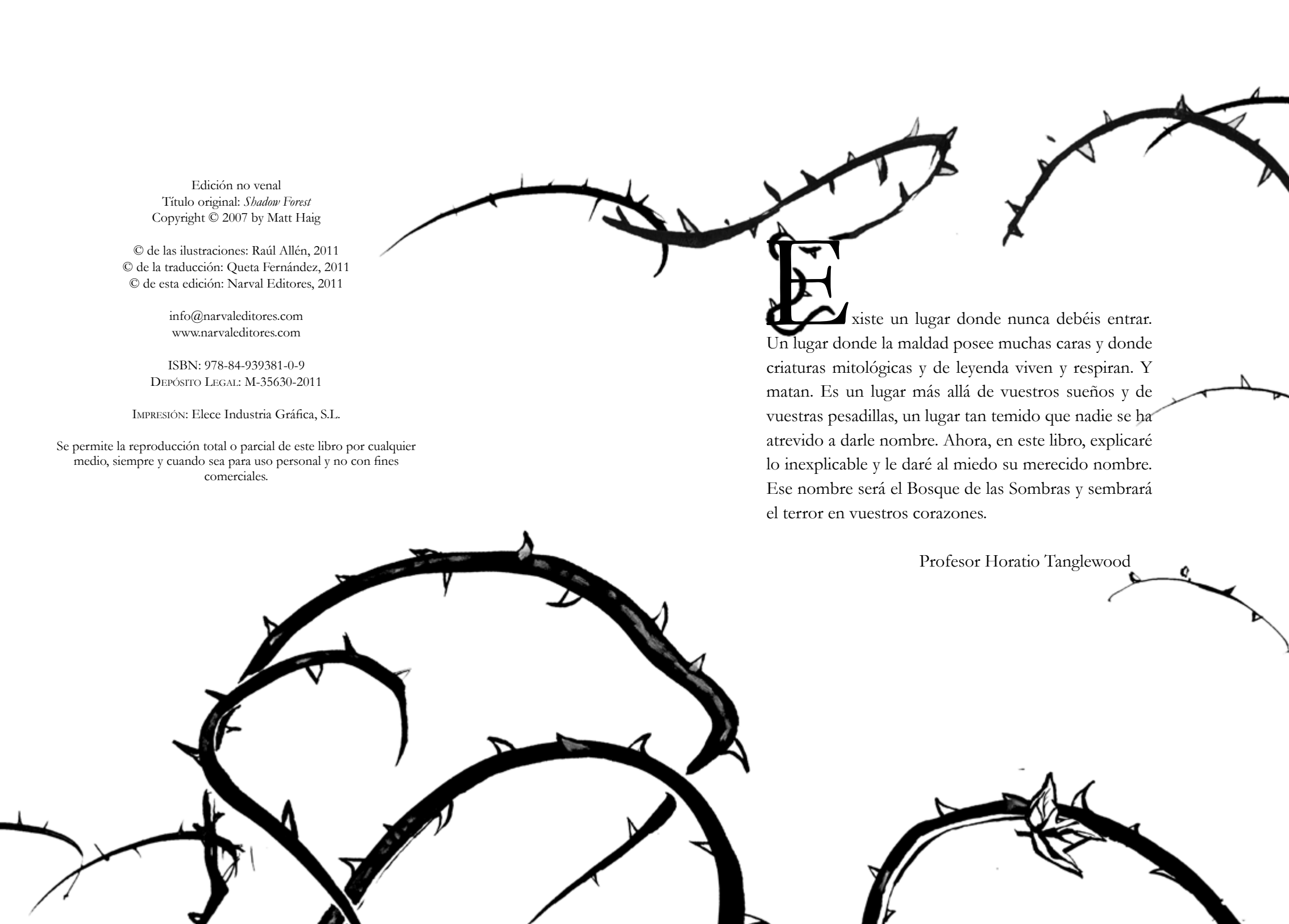
© de las ilustraciones: Raúl Allén, 2011  
© de la traducción: Queta Fernández, 2011  
© de esta edición: Narval Editores, 2011

info@narvaleditores.com  
www.narvaleditores.com

ISBN: 978-84-939381-0-9  
DEPÓSITO LEGAL: M-35630-2011

IMPRESIÓN: Elece Industria Gráfica, S.L.

Se permite la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.



**E**xiste un lugar donde nunca debéis entrar. Un lugar donde la maldad posee muchas caras y donde criaturas mitológicas y de leyenda viven y respiran. Y matan. Es un lugar más allá de vuestros sueños y de vuestras pesadillas, un lugar tan temido que nadie se ha atrevido a darle nombre. Ahora, en este libro, explicaré lo inexplicable y le daré al miedo su merecido nombre. Ese nombre será el Bosque de las Sombras y sembrará el terror en vuestros corazones.

Profesor Horatio Tanglewood



### De camino a una gran sorpresa

En la parte trasera del camión de carga, los troncos de árboles estaban apilados en forma de pirámide y atados con correas grises de un material que Samuel Blink no reconoció. Una de las correas estaba algo suelta, lo que causaba que los troncos vibraran como si estuvieran nerviosos, o como si estuvieran tratando de escapar de vuelta al bosque.

El camión adelantó al coche a una velocidad peligrosa.

—¿Habéis visto alguna vez algo así? —dijo Peter, el padre de Samuel— ¡Menudo descerebrado!

El padre de Samuel pensaba que todos los conductores, excepto él, eran unos descerebrados, y que los conductores de camiones eran los más descerebrados de todos.

—¡Qué bien! —dijo cuando el gigantesco vehículo empezó a reducir la velocidad—, ahora sí que no llegaremos nunca.

El camión se detuvo frente al coche, acaparando ambos carriles, de manera que las rayas blancas del camino se proyectaban desde abajo como rayos láser.

—No tenemos prisa —dijo la madre de Samuel, a quien llamaban Liv. En los momentos de enfado del padre, mostraba una calma especial.

Samuel no sabía adónde se dirigían, pero lo que sí sabía era que no quería estar ni un minuto más escuchando cantar a su hermana. Bueno, «cantar» no es la palabra adecuada para describir lo que ella hacía. La «estrangulación de un gato» sería una descripción más precisa del sonido que emitía.

—Mamá, dile a Martha que pare de hacer ese ruido horrible.

La madre lo reprendió.

—No es un ruido horrible, canta muy bien.

Mentía. Una más del millón de mentiras de sus padres, a las que Samuel se había acostumbrado en sus doce años en el planeta. Supo que ese día no iba a recibir ningún apoyo. Después de todo, era el cumpleaños de Martha, como indicaban las dos chapas en su peto que decían «Tengo 10 años» y «Hoy cumplo 10».

Martha comenzó a cantar más alto. La cabeza de Samuel vibró como los troncos al apoyarla en la ventanilla del coche y observar la hierba desdibujada al lado del camino.

—Papá —le pidió al segundo al mando—, dile a Martha que se calle.

El padre lo ignoró. Estaba muy ocupado refunfuñando por el camión que tenía delante.

—Qué estupidez. ¿De qué te vale adelantar si luego vas a detenerte?

Martha se giró y comenzó a cantarle alto a Samuel en el oído: «I'm your baby girl, and you could be my world...».

¡Puaj! Samuel pensó que iba a vomitar. Odiaba que su hermana cantara en cualquier circunstancia, pero lo odiaba, muy especialmente, cuando estaba cansado. La noche anterior

había dormido solo dos horas por culpa de la misma pesadilla de siempre. Una pesadilla sobre unos monstruos con colas, de piel gris y con ojos que nunca pestañeaban. Se había despertado con sudores fríos y no había podido volver a dormirse.

—El castigo de los asesinos debería ser oírte cantar —le dijo a Martha.

—Cállate la boca, Samuel. Lo que tienes es envidia.

Y con las mismas se puso de nuevo a cantar estrofas de esas canciones tontas de amor para chicas. Samuel sabía que se iba a pasar todo el día cantando. Después de todo, cantaba todos los días. Era como si su vida fuera una larga canción, como si estuviera atrapada en esos musicales de mal gusto que veía todo el tiempo en la televisión.

Samuel volvió a mirar por la ventanilla y rezó para que su hermana se quedara callada.

Tan callada como un tronco.

Martha convertía en canción todo lo que decía, dándole notas altas y bajas a cada palabra.

Así que en lugar de preguntar, cantó:

papá,  
—Mamá, ¿a mos?  
dón va  
de

A lo que la madre respondió:

—No querrás estropear la gran sorpresa, ¿verdad?

—No —cantó Martha.

—Ya te enterarás —dijo la madre.

—No, si nos quedamos bloqueados detrás de esta cosa —dijo el padre refiriéndose al camión.

Samuel se preguntó cuál sería la gran sorpresa. Tenía la esperanza de que fuera una visita al parque de atracciones, como en su último cumpleaños. Una montaña rusa con mil vueltas evitaría que Martha cantara, al menos por un rato. Una vez se subió a una llamada La catapulta y por la gran velocidad no podía ni mover la boca. Samuel disfrutó de cada segundo, y su padre fingió sentir lo mismo (mentira número 910 682), hasta que tuvo que correr al baño y vomitar todo el almuerzo.

Samuel sospechaba que la sorpresa iba a ser algo aburrido, no como el parque de atracciones. Pensó en todas las tonterías que le gustaba hacer a Martha:

Montar a caballo.

Hacer peinados.

Gastar el dinero en música horrible.

Escuchar música horrible.

Cantar música horrible.

Así que, en vista de los intereses de Martha, las opciones de Samuel se redujeron a un día trotando a caballo; a mirar cómo le cortaban el cabello a su hermana en una peluquería o, en el peor de los casos, a ir a un musical. Posiblemente un musical sobre una peluquera que se hacía jinete y le cantaba a su caballo.

Samuel sonrió al pensar en la versión del infierno que había creado en su mente.

¡Piiiiii!

El ensueño de la gente cantándole a sus caballos se desvaneció con el sonido de la bocina que su padre dirigía al camión.

—Esto es absurdo —dijo el padre encendiendo el intermitente.

—¿Peter, qué estás haciendo? —preguntó la madre.

—Me voy de aquí. Si nos quedamos detrás de este camión, vamos a estar en la carretera todo el día. ¿Has visto cómo están atados esos troncos? En cualquier momento pueden provocar un accidente.

—Pero no conocemos el camino.

—Tenemos un mapa. Está en la guantera.

Oh, no.

Samuel y Martha sabían lo que significaba el mapa. Sus padres tendrían una larga discusión de más de una hora sobre dónde debían haber girado a la izquierda.

—Bien —dijo la madre—. Necesitamos la B 642. Niños, buscad la B 642.

—B 642 —cantó Martha.

B            2.

6

4

El coche le dio tres vueltas a una rotonda hasta que Samuel divisó «B 642» entre corchetes en una señal de tráfico verde y pequeña.

—Ahí está —dijo.

El coche se salió de la rotonda y en cinco minutos apareció en el mapa un carril para meterse a la izquierda. Samuel continuaba mirando por la ventanilla y la cumpleañera continuaba cantando mientras la discusión entre la madre y el padre se intensificaba.

—Izquierda.

—¿Qué?

—Te has pasado. Debimos habernos metido a la izquierda allí atrás.

—Me lo podrías haber dicho. Tú eres la que tiene el mapa.

—Te lo dije.

—Bueno, me lo podrías haber dicho antes de que llegara a la maldita salida.

—Este estúpido mapa es muy difícil de leer.

Samuel pensó en lo que su madre acababa de decir y se preguntó cómo un mapa podía ser estúpido. Luego pensó en el árbol, que se había convertido en papel y luego en mapa. Era posible que se hiciera difícil de leer como una especie de venganza.

Cualquiera que fuera la razón, habían perdido la salida y seguían en la B 642.

—Si continuamos, podremos regresar a la autopista —dijo la madre de Samuel estudiando el mapa.

—Maldita sea —dijo el padre de Samuel—. ¡Otra vez al mismo lugar!

—Tú tuviste la idea de tomar otro camino.

—Bueno, no habríamos tenido ningún problema ¡si fueras capaz de leer un maldito mapa!

—Oh, no —dijo la madre de Samuel.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre de Samuel sacudiendo la cabeza.

—No se une a la autopista... le pasa por debajo.

Y como prueba de lo que acababa de decir, un gran puente de cemento apareció al doblar la curva, directamente sobre la B 642.

Samuel vio al camión subiendo en ángulo hacia el puente. Lo que no pudo ver —hubiera requerido una visión telescópica— fue que la correa floja que sostenía los troncos se había soltado del todo. Las otras dos correas se habían aflojado aún más, lo que hacía que los troncos saltaran de forma violenta.

En el momento en que se desprendió la segunda correa, fue inevitable que lo hiciera la tercera. Y así sucedió, lo que dio lugar a otro acontecimiento inevitable: los troncos comenzaron a caerse.

Mientras el coche se dirigía hacia al puente, Samuel trataba de no perder de vista al camión. Había calculado que si continuaban a esa velocidad, el coche pasaría por debajo del puente en el momento exacto en que el camión pasara por arriba.

Cuando Samuel vio el primer tronco de árbol caerse del camión, se dio cuenta del peligro que corrían.

—¡Papá! ¡Para el coche!

—Samuel, ¿qué rayos pasa?

—¡Para el coche! ¡Los troncos! ¡Se caen del camión! ¡Para el coche!

—Samuel, ¿qué cosas dices? —El padre no mostraba la menor intención de detenerse.

El primer tronco rompió la barrera de la autopista unos cien metros antes del puente y comenzó a rodar cuesta abajo hacia la B 642.

—¡Para el coche! ¡Para el coche!

—¿Samuel? —su madre siempre decía su nombre en forma de pregunta cuando algo le disgustaba.

—¡Para! ¡Para! ¡Que pares!



Pero el coche continuó rodando, los troncos continuaron cayendo y su hermana continuó cantando.

—*Cumpleaños feliz para mí...*

—¡Para!

—¿Samuel?

—No podemos detenernos así porque sí.

—*Cumpleaños feliz para mí...*

—¿No lo veis?

—¿El qué?

—Mira. Esos troncos rodando hacia abajo.

—*Cumpleaños feliz para Martha...*

—Troncos, ¿qué troncos?

—La verdad, Samuel, creo que estás exagerando...

—*Cumpleaños feliz...*

Sucedió en ese mismo instante. Fue entonces cuando el padre de Samuel finalmente decidió frenar. Fue en ese momento en que el último de los diez troncos que formaba la pirámide se cayó del camión y rompió la barrera del lado del camino.

Solo que, esta vez, el tronco no rodó ladera abajo, sino que voló sobre el puente y cayó directamente sobre el único coche que viajaba en ese tramo de la B 642.

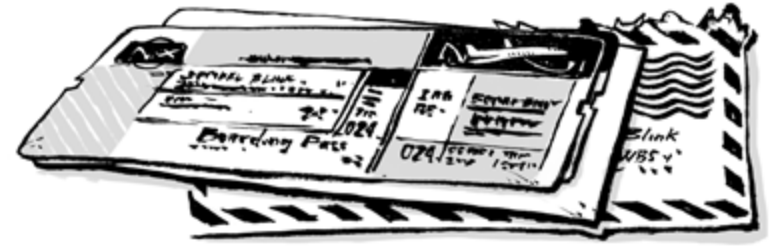
¡Bam!

Aterrizó en la parte delantera del techo. Un pino escocés súper pesado que había viajado cerca de quinientos kilómetros en dirección sur, camino de una papelera en Lincolnshire.

Menos de un segundo después de que el tronco golpeará el delgado metal, Samuel y Martha perdieron a sus padres, mientras que ellos y toda la parte posterior del coche quedaron ilesos.

Samuel le tomó la mano a su hermana mientras permanecían sentados. Estaban aturdidos y no lograban moverse o hablar, o emitir el menor sonido. Sus ojos habían presenciado más en un segundo que en el transcurso de sus dos vidas juntas.

Ninguno supo adónde habían planeado llevarlos sus padres por el cumpleaños de Martha. Lo único que sabían era que, no importaba lo que pasara, nada volvería a ser igual.



## La tía Eda

El accidente de sus padres, aplastados por un tronco gigante, no era el primer encuentro que Samuel y Martha habían tenido con la muerte.

Lo cierto era que la mayoría de sus parientes habían perecido durante la corta vida de los niños, aunque ninguno de los dos había presenciado sus muertes.

Por ejemplo, no estuvieron presentes cuando el abuelo murió de un ataque cardíaco mientras llevaba una caja de adornos de gnomos al jardín trasero, o cuando la abuela, dos meses después, tropezó con los gnomos y cayó de cabeza en el invernadero.

Tampoco vieron cuando el tío Derek se electrocutó mientras trataba de rescatar, con un tenedor, un pedazo de pan del fondo de la tostadora, o cuando la tía Sheila se desmayó al ver que había acertado cinco números de la lotería y se golpeó la cabeza con el tope de la puerta.

Y no estuvieron presentes el día en que el tío Henrik de Noruega... bueno, el caso del tío Henrik es algo misterioso.

A diferencia de las otras muertes, nadie les dijo nunca a Samuel y a Martha cómo había muerto el tío Henrik. De

hecho, tampoco les dijeron mucho de cómo había sido su vida.

Veréis, el tío Henrik era de Noruega. Ese era el país donde había nacido Liv, la madre de Samuel y Martha, y que los niños nunca habían visitado. La madre tenía una hermana gemela llamada Eda. Liv y Eda crecieron en un pueblo llamado Fredrikstad cerca de Oslo, la capital. A los veinte años, Liv se mudó a Inglaterra para estudiar en la universidad, donde conoció a su futuro esposo, Peter. Ese mismo año, Eda se enamoró en Noruega de un esquiador de salto llamado Henrik.

Samuel y Martha sabían muy poco de los tíos Eda y Henrik. Lo que sí sabían era que la tía Eda había sido una excelente lanzadora de jabalina, la mejor de toda Noruega, y que había participado en las olimpiadas de Moscú. Samuel siempre pensó que era algo extraordinario que alguien de su propia familia hubiera llegado a competir en los juegos olímpicos, y por eso trató de esforzarse en los deportes. Cuando una vez lanzó una jabalina que casi atraviesa a su maestra, se dio cuenta de que no era una buena idea seguir los pasos de su tía.

Siempre que Samuel y Martha preguntaban por la tía Eda, su madre les respondía lo mismo: «Es una mujer buena y maravillosa».

Y entonces, ¿cómo es que ellos no conocían a esa mujer tan maravillosa?

No estaba de más preguntar. Y por supuesto que Samuel y Martha lo hicieron, cerca de cien veces cada uno, pero nunca recibieron una respuesta satisfactoria.

He aquí tres de las respuestas no satisfactorias que recibieron:

1. La tía Eda le tiene miedo a los barcos y a los aviones, por lo que nunca sale de Noruega. No hagáis más preguntas que tengo dolor de cabeza.

2. No podemos pagar el viaje a Noruega porque es un país muy caro y el dinero no crece en los árboles. Bueno, dejad ya las preguntas, que tengo dolor de cabeza.

3. En Noruega hace mucho frío. Estoy segura de que preferís ir a un lugar cálido con playas bonitas. Y ahora, no hagáis más preguntas que, de verdad, tengo un terrible dolor de cabeza.

Y eso fue todo.

Bueno, todo hasta seis días después de que murieran sus padres. Ese día recibieron la carta. La señora Finch, la vecina, una amable anciana que los había estado cuidando desde aquel momento, le puso la carta a Samuel en las manos.

Samuel no reconoció la letra. Las vueltas de las ges, las eses y las tes le recordaron a la forma de escribir de su madre, aunque la letra de su madre era mucho más fea.

Abrió el sobre y encontró dos billetes de avión junto a una carta, que comenzó a leer.

Eda Krong  
1846 Flåm  
Noruega

*Queridos Samuel y Martha:*

*Soy la hermana de vuestra madre y, según tengo entendido, la única familia que os queda.*

20 *Es algo terrible que la primera vez que os escriba sea en estas horribles circunstancias, pero es importante que sepáis que no estáis solos. No tendréis que ir a un orfanato o de un lugar a otro como un paquete que nadie quiere abrir.*

*Como familia que soy, os invito a los dos a vivir conmigo aquí en Noruega y para ello os envío con esta carta los billetes de avión.*

*No sé lo que vuestra madre os habrá contado sobre mí. Nunca nos hemos visto y no hemos hecho mucho más que enviarnos una tarjeta de Navidad desde antes de que vosotros nacierais. Es una lástima que no hayamos hablado con más frecuencia, porque vuestra madre fue una mujer buena y maravillosa.*

*Yo vivo cerca de Flåm, un pueblecito hermoso, en el que estoy segura de que la vida no es tan emocionante como en Nottingham, pero muy cerca tenemos un fiordo y montañas nevadas. También tengo un perro llamado Ibsen, un elkbound noruego que disfrutará mucho de olisquear gente nueva, ¡para variar!*

*Hay un colegio en el pueblo más cercano. Es pequeño, tiene solamente doce niños, y estoy segura de que os va a*

*gustar. Ya he hablado con el director y podréis matricularos (¿es así como se dice?) en dos semanas.*

*En lo que a mí respecta, hay varias reglas que debéis seguir. Estas reglas no deben incumplirse bajo ningún concepto, porque existen muy buenas razones.*

*Aquí en Noruega tenemos un viejo refrán: «¡La vida sin reglas es una bebida sin copa!».*

*Y sin la copa, ¿de qué sirve la bebida?*

*De todas formas, estoy segura de que nos vamos a llevar de maravilla y me hace mucha ilusión conoceros a los dos.*

*Ah, vamos a ser muy felices, ¡ya lo veréis!*

*Con cariño,  
La tía Eda*



## La chica sí y no

La tía Eda los esperaba en el aeropuerto con un letrero que decía:

*Samuel + Martha  
Hola, soy la tía Eda*

Samuel vio el letrero.

—Allí está, es ella.

Martha vio a una mujer alta y delgada con algunas canas y el pelo recogido en un moño. La mujer, que llevaba una bufanda larga a rayas y un abrigo grande y anaranjado, le sonreía directamente a ella.

Martha siguió a su hermano entre la gente y trató de sonreír a la mujer, pero no pudo. Había perdido la capacidad de sonreír hacía siete días. Cuando dejó de hablar.

Samuel, por su parte, no sonrió porque no le había gustado la tía Eda. Sin duda, no tenía el aspecto de alguien que había participado en las olimpiadas. Era alta y parecía estricta, y vestía ropas raras. No le gustaron la bufanda estúpida, las botas de punta redonda ni el abrigo grande y anaranjado. No

le gustaron sus cachetes rojos, su cuello largo ni los hombros caídos que le daban el aspecto de una botella de vino.

Cuando llegaron junto a la tía, ella los esperaba con los brazos abiertos.

—Samuel —dijo con una amplia sonrisa—. Martha.

Los abrazó aplastando sus caras una contra la otra al apretujarlos entre los brazos.

24 Samuel no pudo dejar de notar que los brazos, aunque delgados, eran fuertes. Los pelos de alambre de la barbilla y del bigote le pincharon en las mejillas.

—Pobrecillos —dijo abrazándolos por un largo tiempo. Luego murmuró algo en noruego que Samuel y Martha no pudieron comprender. Debió de ser algo que la conmovió, porque cuando dio un paso atrás, tenía lágrimas en los ojos.

La tía buscó en la cara de los niños algo que no encontró.

—Oh, cielos —dijo—. *Famos* al departamento de objetos perdidos para preguntar si han encontrado la sonrisa de dos niños.

—Yo tengo doce años —dijo Samuel enfadado—. Martha tiene diez. No hace falta que nos hables como si fuéramos bebés.

La tía Eda iba a decirle un par de cosas a Samuel, pero se lo pensó dos veces y optó por callarse.

—Cierto —asintió mirando en dirección a la maleta con ruedas de Samuel—. *Fenga, yo llefo* tu maleta. Permítame, señor Doceaños.

—Puedo arreglármelas solo —dijo Samuel asiendo con fuerza la maleta. De hecho, había escogido la que tenía una rueda descompuesta y le costaba algún trabajo rodarla, pero trató de borrar de su cara toda huella de esfuerzo.

—Muy bien. Entonces *famos* al coche. De acuerdo.

La tía Eda tenía un ligero acento que sonaba a sorpresa, como si las palabras nunca hubieran esperado ser articuladas. Cambiaba todas las uves por efes, lo que Samuel en realidad encontraba divertido, si no fuera por el disgusto que le causaba estar en Noruega.

—Parece estúpida —susurró Samuel mientras él y Martha seguían a la tía por el aeropuerto.

25 Martha le echó una mirada a su hermano. No, no lo parece —pensó (pero estaba demasiado triste para decirlo)—. Me parece muy guapa. Tiene los ojos y la sonrisa de mamá y ha sido muy amable.

—Mírale la ropa —continuó Samuel—. Mira esa bufanda estúpida y las botas. ¿Y por qué lleva ese abrigo tan extraño? Debe de llevarle una hora abotonárselo hasta arriba.

La tía dio media vuelta.

—Perdón, ¿dijiste algo?

—Eh... decía lo mucho que me gusta lo que lleva puesto —respondió.

—Ah —dijo la tía Eda—. Muchas gracias.

Los niños siguieron a la tía a través de una puerta con un cartel que decía «UTANG - SALIDA» y, una vez fuera, sintieron el aire frío. Rápidamente, Samuel se dio cuenta de que la bufanda y el abrigo de la tía no eran tan estúpidos como él pensaba.

—Odio este país —le dijo Samuel a su hermana—. Llevo aquí solamente cinco segundos y ya sé que lo odio.

Sus palabras se perdieron en el viento mientras caminaban por el pavimento hasta un coche blanco medio destartado, aparcado solo, en una esquina lejana del estacionamiento.



—Mira el coche —le dijo entre dientes a Martha, mientras colocaban las maletas en el coche desvencijado—. ¡Es una reliquia!

Samuel se sentó en el asiento de atrás y se sorprendió cuando vio a Martha sentarse delante.

—Es *fiejo*, sí —dijo la tía Eda, como si respondiera a lo que acababa de decir Samuel—. Pero los coches son fieles, eso creo. Si los cuidas, nunca te fallarán.

El carro tosió en señal de desacuerdo cuando la tía trató de ponerlo en marcha.

—*Fenga, fenga* cacharro *fiejo* —dijo—. *Fenga...* Ah, ahí *fa...* ronroneando como un gato.

Samuel sintió el miedo en el estómago mientras el coche avanzaba, como si esperara que otro tronco fuera a caer del cielo.

—Ha sido terrible lo que ha pasado —dijo la tía Eda—. No lo podía creer. Fuestra madre era una persona brillante. Y *fuestro* padre...

Las palabras, pronunciadas lenta y suavemente, le sonaban a Samuel como uñas arañando una pizarra.

—Tú no conociste a mi padre —dijo Samuel—, y apenas conocías a mi madre. Nunca la fuiste a ver, así que no sé por qué quieres que vivamos contigo. Nunca te interesó vernos.

—Eso no es *ferdad* —dijo la tía Eda sin perder la calma.

—¿Por qué nunca fuiste a ver a nuestra madre si la querías tanto? —preguntó Samuel, sorprendido él mismo de lo enfadado que sonaba—. Mi madre dijo que tenías miedo a los aviones y también a los barcos.

—¿Dijo eso? —La tía Eda pareció contrariada por un momento, a medida que se enteraba de cosas sobre su persona—. Ah..., sí..., sí...

Sus palabras se fueron apagando.

Samuel miró a su hermana. Martha se trazaba círculos en la palma de la mano con la punta de los dedos. Una semana antes, Samuel había rezado para que su hermana dejara de cantar y ahora se preguntaba si alguna vez la volvería a escuchar. Se preguntó si existía una canción lo suficientemente triste.

*Lo más probable es que no*, pensó.

Y era lo más probable.

Samuel llevaba en Noruega solamente treinta y seis minutos y ya estaba seguro de que era el peor país que jamás había visitado. ¿Qué importaban todas las montañas, los árboles y el mar? ¿Por qué vivir en un lugar tan frío donde hay que vestirse con abrigo estúpido y sombreros de lana? Y ni hablar de las señales de las autopistas.

ENVEISKJØRING

REKKVERK MANGLER

ALL STANS FURBUDT

Los nombres de los pueblos por los que pasaban eran igual de extraños.

LØKKEN VERK

SKOGEN

KYRKSÆTERØRA

El pueblecito en el que estaban ahora se llamaba Hell.

Hasta tenía un cartel escrito en inglés que decía «WELCOME TO HELL».

Y ¿qué aspecto tenía Hell? El mismo que el resto de los pueblos por los que habían pasado.

Casas de colores brillantes de tres plantas y una iglesia gris y regordeta que se aferraba a la ladera de una colina, con un campanario pequeño que parecía tener miedo de llegar al cielo.

28 —En Noruego, *hell* quiere decir «prosperidad» —explicó la tía Eda—. ¿Sabéis lo que significa prosperidad?

Miró a Martha primero y luego, por el espejo retrovisor, a Samuel. Ninguno parecía querer contestarle si sabían o no lo que quería decir prosperidad.

—Si prosperas en algo, quiere decir que tienes éxito. Si ganas mucho dinero, la gente dirá que has prosperado —dijo la tía Eda—. Y Noruega es conocida por ser un país muy próspero. Todo el mundo gana una cantidad de dinero considerable. El cartero gana casi tanto como un médico o un abogado. Es una sociedad con igualdad. En Noruega la gente no siente mucha *enfidia* de los demás. Somos personas pacíficas. Hay suficiente dinero y suficiente tierra para que todos seamos felices... Eso es lo que se dice.

Samuel podía ver la cara de su tía en el espejo retrovisor y sus ojos no mostraban esa felicidad que describía. *No nos quiere aquí* —pensó—. *Por eso sus ojos muestran tristeza. Es posible que odiara a mi madre, ya lo creo. Y es posible que nos odie a nosotros.*

A él qué le importaba la paz o los carteros con dinero. Él solo quería retroceder una semana en el tiempo, cuando todo era normal.

—¿Falta mucho? —le preguntó Samuel a su tía.

Ya habían pasado Hell y estaban en un lugar diferente, sin casas ni señales.

—Oh, ya casi hemos llegado —le dijo—. Pero antes debemos parar a hacer algunas compras en Flâm. Flâm es el pueblecito más cercano a nuestra casa. Es un lugar adorable.

Las palabras de la tía no le consolaban. Samuel nunca se había sentido tan lejos de casa. Y no eran los dos viajes en avión, el largo trayecto por carretera o el extraño paisaje lo que lo hacía sentirse así. Era saber que, incluso si tomaba el camino de regreso, con un largo trayecto por carretera y dos viajes de avión en sentido opuesto, no estaría más cerca de su casa. Desde que habían muerto sus padres, sabía que nunca jamás se iba a sentir en casa, aunque viviera hasta los cien años.

—Tengo un perro —dijo la tía Eda—. Un elkhound noruego. Es un buen perro, aunque es un poquito glotón. Se llama *Ibsen*. Os hablé de él en la carta. Ladra muchísimo, pero en realidad es un grandullón manso. ¿Os gustan los perros?

—No —dijo Samuel.

Martha no respondió.

—Ah, bueno. Estoy segura de que *Ibsen* os *fa* a gustar.

El paisaje desapareció de pronto y fue reemplazado por oscuridad a ambos lados del camino.

—Este túnel es muy largo —explicó la tía Eda—. Mide once kilómetros y pasa por debajo de la montaña.

Samuel miró a su hermana. A ella le aterrizaban los túneles, pero en su cara no había la menor señal de miedo.

—Estás muy callada —dijo la tía Eda mirando a Martha—. ¿Por qué no me cuentas lo que te gusta hacer? ¿Qué juegos te gustan?

Las preguntas molestaron a Samuel.

—No te puede responder. Ella no... habla.

La tía Eda preguntó con la mirada, por lo que Samuel le dio una explicación.

—No ha dicho una sola palabra desde que nuestros padres murieron. Solo asiente o niega con la cabeza. Solo puedes hacerle preguntas de sí o no.

Samuel pensó que el silencio de su hermana podría representar un *shock* para la tía Eda, porque parecía de las que le daba un patatús por cualquier cosa, pero su tía se tomó la noticia como algo perfectamente normal. Observó la cara de la tía, que las luces del túnel iluminaban intermitentemente, pero no detectó nada; solo una sonrisa amable bajo los mismos ojos tristes.

30

## Premios y críticas

*Shadow Forest. El Bosque de las Sombras* ha obtenido los siguientes premios: Medalla de Oro del Premio Nestlé al Libro Infantil, Libro del año Blue Peter, Libro que no se puede dejar Blue Peter, Libro del Año Calderdale, Premio al Libro Fantástico Lancashire Schools Library, Premio Sefton Super Reads Book, Premio East Sussex Book y Premio Leeds Book. Ha sido seleccionado para los siguientes premios: Premio Waterstone's al Libro Infantil, Medalla Carnegie, Premio Salford al Libro Infantil, Premio Lincolnshire Young People's Book, Premio Warrington Winner of Winners Book y Premio Bay Book Swansea.

*Shadow Forest. El Bosque de las Sombras* ha recibido también una estu-  
penda acogida tanto de críticos especializados como de los lectores.

Este libro es perfecto para cualquier niño que disfrute sumergiéndose en un mundo de mitos y fantasía. (*Fantasy Book Review*)

Humor y horror entremezclados hasta formar un relato terrorífico. (Amanda Craig, *The Times*)

Una gran lectura, difícil de soltar. (TBK)

¡Un gran libro de verdad! (*Teen Titles*)

Una historia apasionante cimentada en el lacónico humor inglés y en unos personajes fantásticamente contruados. (*Hente*, Alemania)

Triste, macabra, conmovedora y esperanzadora a la vez, *Shadow Forest. El Bosque de las Sombras* es una historia apasionante con personajes muy bien contruados y un final sorprendente y lleno de vida. (*Booktrust*)

Divertidísimo, no importa la edad que tengas. (BBC Radio Leeds)